

VII

!!HAN HERIDO TROTSKI!!

León Trotski creía, como yo mismo, que su salvación del primer atentado parecía cosa de milagro. Nos imaginábamos que los primeros sorprendidos de que no hubieran perecido él, su esposa y hasta su nieto —todo lo que quedaba de la familia—, debían ser los propios asaltantes. Un asalto tan bien preparado, con tan formidables medios materiales, con tal derroche de dinero, con una técnica tan perfecta, ¿sólo había servido para conmover a la opinión universal y para poner aún más en guardia a la víctima elegida y a los que nos habíamos impuesto la difícil tarea de proteger su vida? Para los agresores equivalía esto a una batalla perdida.

Habíale oído decir a Trotski después del 24 de mayo:

—La suerte me ha concedido un plazo. Será de corta duración.

Había pronunciado estas palabras en tono grave y tranquilo, mirándome con sus agudos ojos azules tras las gafas de carey y con una cierta expresión de desafío en el rostro. Hubiérase dicho que hacía un comentario sin gran trascendencia, aun cuando era indudable que ponía en él toda su vida. En efecto, estaba persuadido de que no tardaría en producirse un nuevo atentado contra su persona. Su gran adversario, Stalin, había debido dar una orden imperativa, implacable; era evidente que los agentes de la G. P. U., especialmente designados al efecto, tendrían que cumplirla a toda costa. Seguramente les iba en ello su propia vida. Matar o morir: tal era, sin duda, el terrible dilema ante el que se hallaban colocados. ¿Pero quiénes eran esos agentes? ¿Se encontraban ya en México? ¿Mantienen alguna relación con los anteriores asaltantes no detenidos aún por la policía? ¿Y cuál era su nuevo plan? Todo esto constituía un misterio impenetrable para la policía y para el propio Trotski.

Por las necesidades de la investigación y de la vigilancia, yo había tenido que permanecer en contacto con él durante los tres meses que siguieron al primer atentado. Trotski era un hombre de una energía, un valor y una sangre fría a toda prueba. Una larga vida revolucionaria, los acontecimientos históricos en los que había llenado un papel de primerísima figura y la enconada persecución de que venía siendo objeto, habían hecho de él un tipo humano de unas cualidades rarísimas. Todavía recordaba con admirativa sorpresa la tranquila serenidad con que me había recibido media hora después del atentado. Hubiérase dicho que no había sido él quien había pasado por tan grave y peligroso trance. Soy militar, he intervenido directamente en las luchas muchas veces cruentas de que ha sido teatro mi país después de la primera década del siglo y durante años, he vivido en medio de los hombres templados por el peligro de muerte. Estaba hecho, por consiguiente, para comprender el temple de un Trotski. Me admiraba, sin embargo, ante su tranquilidad y su firmeza frente al peligro que no cesaba de rondar en torno suyo. Un militar conoce poco más o menos a su enemigo, las armas que emplea, el lugar aproximado en que le amenaza la muerte, la forma en que puede morir, corre hacia el peligro, impulsado por el sentimiento del deber, con toda conciencia, cumpliendo una misión y hasta un oficio. Trotski se sentía permanentemente amenazado, pero sin saber por dónde podía venir exactamente la muerte. El misterio de este terrible acoso, de este peligro sin forma exacta y definida, exigen para soportarlo un valor especial. Ese valor lo poseía el ex Comisario de Guerra ruso. Se debatía contra la invisible maraña que iba tejiéndose en torno suyo. Estaba dispuesto a defenderse, a defender su vida y sus ideas políticas. Una y otras se confundían. Puede decirse que vivía exclusivamente para esas ideas. Desde los grises muros de concreto que le servían de refugio a la vez que de prisión, desafiaba al inmenso poder acumulado por Stalin y su terrible organización policíaca: la G. P. U. Viendo las grandes precauciones materiales que adoptaba después de la madrugada del 24 de mayo, me decía yo: "A pesar de todo, está condenado". Pero contemplando su salud física, la gran energía que brillaba en sus ojos, la firmeza de sus rasgos, la fuerza de su personalidad toda y la fe en sí mismo que demostraba, añadía: "Este hombre no se dejará suprimir fácilmente". Independientemente de sus ideas políticas, que yo estaba muy lejos de compartir —nunca me ha atraído el comunismo bajo ninguna de sus ramas—, me parecía que aquel hombre no debía morir.

El día 20 de agosto de 1940, como a las seis y cuarto de la tarde, llegó a mí, sin embargo, la terrible noticia:



—¡Trotsky ha sido herido de muerte!

Me conmovió profundamente, pero sin producirme sorpresa. Me conmovió como hombre y como Jefe del Servicio Secreto. La G. P. U. había sido más fuerte que él, con toda su energía y todas sus precauciones, y más fuerte que la policía mexicana, que había tenido que asumir la tarea de protegerlo. Ya se comprenderá que mi primer pensamiento fué que se trataba de un nuevo atentado de la G. P. U. ¿Era grave la herida? ¿Lograría salvarse? ¿A cargo de quién había corrido esta vez el atentado? Todo esto tenía que dilucidarlo ahora.

La noticia había sido comunicada a la Jefatura de Policía en ausencia mía... Galindo, el primer Comandante de Agentes del Servicio Secreto, se precipitó hacia Coyoacán. Se produjo al mismo tiempo, y como en un abrir y cerrar de ojos, un movimiento general: motociclistas del servicio de patrullas, camiones cargados de gendarmes, agentes de la policía secreta, ambulancias de la Cruz Verde; sembrando las calles y avenidas con el dramático ulular de sus sirenas, se dirigieron a toda prisa hacia el histórico poblado (1), tan tranquilo y pacífico como, de costumbre. El General José Manuel Núñez, Jefe de la Policía, había sido avisado uno de los primeros. Cuando Galindo llegó, el General Núñez se hacía cargo ya del autor del atentado, el cual presentaba varias heridas y contusiones producidas por los secretarios de Trotsky. Estos lo habían entregado a los policías de servicio ante la puerta de la casa. Dichos guardianes lo habían visto entrar poco más de media hora antes; como pasaba por ser un amigo personal del exilado ruso, ni por un momento pensaron cerrarle el paso. Lo mismo había ocurrido con los secretarios de Trotsky, de cuya confianza parecía gozar. Poco después oyeron sonar los timbres de alarma. No sabiendo exactamente lo que sucedía, pero temiendo que pudiera tratarse de la iniciación de un nuevo asalto, habían preparado sus armas y tomado las debidas posiciones. No tardaron en enterarse, con la natural sorpresa, de que Trotsky había sido mortalmente herido y de que el victimario era el "amigo" que había franqueado la puerta poco antes. Lo recibieron después cubierto de heridas y convertido en un asesino.

Todo había funcionado con sorprendente rapidez. Ramón Cruz, uno de los empleados de camillas de la Cruz Verde, hizo la misma tarde el breve relato siguiente:

—Recibimos la llamada directamente de las oficinas de policía de Coyoacán. Eran las seis de la tarde exactamente. Al llegar a la casa del ex Comisario ruso, no tropezamos con dificultades para entrar, pero sí para salir, pues varios individuos de pelo rubio, que hablaban en inglés, se oponían a que sacáramos al lesionado, temerosos, según manifestaron, de que sufriera una nueva agresión. Uno de ellos dijo: "El señor Trotsky no sale de aquí hasta que llegue el Jefe de la Policía".

"Pude ver perfectamente cómo la esposa del herido cubría el cuerpo de su esposo con un manto blanco. La señora sollozaba y sostenía la cabeza del desterrado con ambas manos, las cuales tenía tintas en sangre. El señor Trotsky no hablaba y ni siquiera lanzaba quejas. Creímos que estaba muerto, pero pronto nos dimos cuenta de que aun respiraba.

"Pude percatarme de que los 'rubios' rodeaban al otro lesionado, al que recogió otra de las ambulancias, mientras nosotros salíamos con Trotsky, protegidos por gran número de policías que hicieron valla y bajo la dirección personal de un jefe, que me pareció ser el General Núñez. Sólo empleamos media hora en nuestro servicio".

Tras una ligera cura en su propia casa, Trotsky fué trasladado a toda prisa al Puesto Central de Socorros de la Sexta Delegación. Al mismo lugar fué trasladado, momentos después, el autor del atentado. Cinco afamados doctores, bajo la dirección personal de Gustavo Baz, Rector de la Universidad Autónoma de México, se dieron inmediatamente, en la sala de operaciones, a la difícil y dolorosa tarea de la trepanación del cráneo del viejo revolucionario, alrededor de una herida de siete centímetros de profundidad, por la que se escurrían la sangre y los sesos. Trotsky resistió la operación con una fortaleza extraordinaria. El primer boletín médico expedido aquel día, inmediatamente después de practicada la operación, decía así:

"Parte que rinden los cirujanos de la Cruz Verde sobre el estado que guarda el señor León Trotsky:

"A las veintiuna horas, previo estudio radiológico, se le practicó una craneotomía como de veinticinco centímetros cuadrados, en la región parietal derecha, encontrándose las siguientes lesiones: fractura expuesta y con minuta de la bóveda craneana a nivel de la porción parietal derecha, con hundimiento y

proyección de esquirlas dentro de la cavidad, con herida de las meninges y destrucción de la masa encefálica, con hernia de la misma. El pronóstico es muy grave, aun cuando el resultado de la operación fué satisfactorio”.

Como reguero de pólvora había corrido la noticia por la ciudad. Siempre me ha producido gran sorpresa constatar cómo se extienden las noticias sensacionales entre una población de cerca de dos millones de habitantes. Se apodera dominante, en unos minutos, en una hora, de la mente popular; todos la comentan en voz alta; se conozcan o no, todas las personas se la comunican familiarmente y las conciencias quedan unidas en una sola conciencia inmensa y sensacional. Y el suceso que domina así a una gran ciudad, no tarda en extenderse y en dominar al universo entero. Por todos lados no se oía más que esta frase:

—¡Han herido a Trotski! ¡Por fin lo han logrado!

En los semblantes se advertía la mayor consternación. Y es que resultaba ésta, en efecto, una de las noticias más sensacionales del siglo, reflejo de la universalidad de la víctima y del drama que venía rodeando su nombre. Antes de llegar Trotski a la Cruz Verde, ya se había congregado una muchedumbre a las puertas. Fué ésta engrosando sin cesar durante las horas siguientes. Abundaban los periodistas, nacionales y extranjeros, y los fotógrafos. Protestaban airadamente porque no se les dejaba pasar a la sala de cirugía y porque, durante las primeras horas, no se les proporcionaban informes exactos. Sin embargo, uno de los más sagaces periodistas, el “Güero Téllez”, había logrado conquistar a uno de los camilleros y colarse con su indumentaria e incluso con sus insignias: fué así el único periodista que logró las primeras informaciones. Eran obligadas todas las precauciones. ¿Quién nos garantizaba que no había personas interesadas en atentar de nuevo contra la vida de Trotski o de su victimario? Ambos contaban con enemigos fanatizados y capaces de cualquier acto de violencia.

Mientras se aguardaba un desenlace en la Central de Socorros, la policía mexicana en su casi totalidad hablase puesto en movimiento. Se hizo, en primer lugar, una investigación en la casa de Trotski. Este había sido herido en su despacho, en aquel despacho que tan conocido me era, mientras corregía un artículo que le había llevado su victimario. Encontrábanse en él los dos solos. Lo había herido asestándole un terrible golpe en la cabeza con un zapapico de alpinista, cuyo mango aparecía cortado sin duda para poderlo ocultar mejor y facilitar su, manejo. Estaba el zapapito atado a una cuerda con la que el asesino había sujetado el arma mortífera al impermeable que llevaba al brazo. El golpe había sido asestado con la parte ancha del zapapico. Resultaba sorprendente cómo siendo el asesino un hombre joven y fuerte, y habiéndole dado el golpe con todas sus fuerzas sobre el cráneo, no había matado instantáneamente a Trotski. El despacho del viejo revolucionario presentaba huellas de la lucha que había seguido al atentado; habíase desarrollado ésta entre el criminal y los secretarios de Trotski. La silla del líder bolchevique aparecía derribada bajo la mesa de trabajo. También se encontraba volcado, al lado de la silla, el cesto de los papeles. Caída al lado de un librero, a la izquierda y junto a la ventana cerrada, aparecía la consola del dictáfono. Sobre el librero, montado en un bloque de madera, se veía el timbre de alarma; Trotski no había podido usarlo puesto que su esposa y sus secretarios habían corrido en su auxilio al oír el alarido que dió al recibir el golpe mortal. Desparramados por el suelo encontrábanse periódicos en diversas lenguas. En fin, entre los periódicos y la silla derribada velase un charco de sangre. Perteneecía ésta al victimario, producida por los golpes que con los mangos de sus pistolas le dieron los secretarios de Trotski. Era impresionante el desorden que reinaba en aquella pieza, siempre limpia y en orden. Un hombre como Trotski tenía que caer allí, en su gabinete de trabajo, inclinado sobre su mesa cubierta de papeles, de libros, de archivos....

En el comedor, contiguo al despacho, la mesa estaba puesta para la cena. En el ángulo de la derecha, cerca de la puerta de la cocina, sobre el tapete de yute aparecía otra mancha de sangre. Perteneecía ésta a Trotski. Había venido a caer allí y allí había permanecido, herido de muerte, mientras llegaban el médico y la ambulancia. Y allí había sentido que ahora sí, que ahora lo habían logrado ... En el comedor habíase encontrado el impermeable color kaki que llevaba el asesino al brazo. De él había extraído la piqueta fatal. En el bolsillo derecho de este, impermeable, cosida en el forro, apareció una funda color café, bordada con hilos de plata, y dentro de la funda un puñal de treinta y cinco centímetros de largo por tres de ancho, con puño de metal e incrustaciones labradas. En uno de los lados de la habitación apareció el sombrero del asesino, de color gris con cinta negra. Cerca de él se encontraron unos papeles escritos en francés con salpicaduras de sangre. Era el artículo que le había llevado a corregir a Trotski el victimario. Y aquella sangre era la del famoso revolucionario internacional.

Al asesino se le encontró, además, una pistola marca Star, calibre 45, matrícula P-195.264, con ocho cartuchos útiles y uno en la recámara, es decir, lista para hacer fuego en cualquier momento. Esta abundancia de armas denotaba que el asesino tenía el propósito de matar a Trotski a toda costa. ¿Por qué no había utilizado la pistola de preferencia al zapapico? Sin duda para evitar el ruido de la detonación. Comprendíase bien a las claras que su intención había sido la de huir después de asestado el golpe y aprovechando la facilidad de que gozaba para entrar y salir de la casa. Había otro detalle que demostraba esto: al llegar a la casa de Trotski en su automóvil marca Buick, y contrariamente a lo hecho en sus visitas anteriores, le había dado media vuelta y lo había dejado con vista hacia la carretera de Coyoacán. De no haber podido utilizar el zapapico para la comisión del crimen, sin duda se proponía utilizar el puñal y en último extremo, la pistola, que llevaba entre el pantalón y la camisa. Mientras lo conducían de la casa del crimen a la Cruz Verde, el asesino había hecho entrega al jefe de la ambulancia de una carta escrita en francés. Se echaba de ver en seguida que había sido escrita en una máquina francesa y con teclado francés. Estaba firmada con el simple nombre abreviado de Jac. Llevaba la fecha del día de la comisión del atentado. Y particularidad curiosa: tanto la firma como la fecha aparecían escritas a lápiz y a mano. ¿Por qué no había escrito, por lo menos la fecha, a máquina como el texto de la carta? Examinando atentamente dicho texto se llegaba bastante fácilmente a la conclusión de que la carta había sido escrita con anterioridad a la fecha que llevaba a lápiz. Era éste un documento precioso. Lo analizaríamos con toda atención más tarde.

¿Cuál era el verdadero nombre del asesino? Según él, había venido a México con un falso pasaporte canadiense a nombre de Frank Jacson, el que "le había proporcionado en París un miembro de la IV Internacional cuyo nombre no recordaba"; pero su nombre exacto era Jacques Mornard Vandendresch, nacido en Teherán y de padres belgas. Decía ser, pues, de nacionalidad belga. Desde el primer momento sospeché que todo era falso. En la Oficina de Migración teníamos que obtener los siguientes datos: Jacson, que ahora decía llamarse Mornard, había entrado en el país en octubre de 1939 en calidad de turista, por seis meses; pasados éstos, había solicitado una prórroga por cinco meses, la que le había sido concedida tras comprobar que disponía de medios de existencia. Decíase exportador de aceites y de otras materias primas, lo que justificaba algunos desplazamientos. Tenía que dejar la investigación de todo esto para más tarde también.

Como tres horas después de cometido el atentado, se presentó en la casa, de Trotski Silvia Ageloff, conocida militante trotskista, nacida en los Estados Unidos, de padres rusos. Era, desde hacia tiempo, la amante del asesino. Fué detenida y trasladada también a la Cruz Verde. Representaba unos treinta años de edad y era rubia, de piel muy blanca, de estatura regular y ojos pequeños. Usaba anteojos de cristal claro con arillo de oro; se veía, a juzgar por las gruesas gafas, que era bastante miope. Vestía un traje de sport, de piqué blanco, y un abrigo color café, con pieles un tanto usadas. Era nerviosa, un tanto dramática y plañidera; sollozaba constantemente, aseguraba que Jacson la había hecho servir de instrumento para introducirse en casa de Trotski y asesinarlo y pedía a gritos que lo mataran. ¿Era sincera? ¿O era, por el contrario, cómplice de Jacson-Mornard? También debía dejar el esclarecimiento de este punto para más tarde.

El asesino y su amante habían ocupado el cuarto 113 del Hotel Montejo. Se trasladó a él Galindo y encontró una regular correspondencia en francés, inglés y ruso. Dada a traducir, no tenía que revelar gran cosa. Para mí era ésta una demostración más de que el asesino había premeditado su crimen y había procurado destruir antes todo lo que pudiera resultar comprometedora.

Mientras dirigía las primeras investigaciones, me separaba apenas de la cabecera de Trotski. Asistí a su larga y dolorosa agonía. Dejó de existir a las diecinueve horas y veinticinco minutos del día 21 de agosto de 1940. Portentosa resistencia la de aquel hombre: estuvo luchando con la muerte durante veinticinco horas y treinta y cinco minutos exactamente. Me tocó a mí dar el anuncio de la infausta noticia a los periodistas y a la muchedumbre estacionados permanentemente ante la Cruz Verde, al mundo entero curioso y anhelante:

—Señores, Trotski ha muerto.

Y consultando mi reloj pulsera, dí la hora exacta. El centenar de reporteros mexicanos y de corresponsales de diferentes países que allí había, corrieron hacia la entrada del edificio de la Cruz Verde, disputándose atropelladamente la media docena de teléfonos instalados allí. Tan grande fué el forcejeo, que inutilizaron dos de los aparatos. Cumplida su misión informativa, se encaminaron, con una legión de fotógrafos,

hacia el interior del local, disputándose la entrada en la sala mortuoria. El principal actor de un gran drama histórico, de uno de los dramas universales del siglo, cuyo desenlace había durado once años —desde la expulsión de Trotsky de la U.R.S.S.—, yacía allí, en una modestísima cama de casa de socorro, con su leal compañera sollozando enloquecida, rodeado por los médicos que bravamente habían luchado sin descanso con la muerte. E ironía del destino: con la ingrata vecindad, en una habitación próxima, de su asesino material (2).

En las primeras horas de la tarde siguiente se le practicó autopsia al cadáver. El tórax de Trotsky medía noventa y seis centímetros y el abdomen noventa y dos. Cortado el cuero cabelludo en dos secciones y aserrado el cráneo, fué extraído y depositado el cerebro, de proporciones extraordinarias, sobre una mesita esmaltada de blanco. Al ser examinado se vió que en el interior de la lesión había hemorragia subdural líquida, que el orificio de la lesión era de dos centímetros, con una profundidad de siete centímetros, atravesando toda la masa encefálica, con pérdida de substancia cerebral. La contusión aparecía en la segunda circunvolución parietal, arriba del pliegue curvo de la cisura Rolland, a cuatro centímetros del pliegue interno hemisférico y a diez centímetros del polo frontal derecho. Seccionado éste con el bisturí, apareció que hubo un gran derrame y que la dirección que siguió el arma punzante fué de arriba abajo, de delante hacia atrás y de derecha a izquierda. Según esto, el agresor no había atacado a su víctima por la espalda, como se creyó en los primeros momentos, sino por delante. Quizá por esto había reaccionado Trotsky instantáneamente y su asesino no había podido asestarle un segundo golpe. Dentro de la lesión había coágulos de sangre. El arma había interesado la substancia grisblanca y penetrado hasta el tercer ventrículo lateral derecho, con inundación sanguínea líquida y coagulada.

El hemisferio izquierdo pesó setecientos ochenta gramos y el derecho, el lesionado, setecientos setenta, o sea un total de mil quinientos cincuenta gramos. La diferencia de diez gramos entre uno y otro podía provenir de la pérdida de la substancia provocada por la lesión. El peso exacto del cerebro de Trotsky podía calcularse, por consiguiente, en un kilo quinientos sesenta gramos. El cerebelo y bulbo raquídeo estaban exangües, debido sin duda a la aguda anemia provocada por la hemorragia. El cerebro, lo mismo que el corazón del viejo líder, fueron conservados. Un corazón muy grande, como el cerebro.

Expuesto el cadáver en el salón principal de la funeraria Alcázar, en el centro de la capital mexicana, todo el pueblo desfiló ante él. El sentimiento de pésame era general. Pero muerto, parecía que iba a proseguir el drama de su vida. Albert Goldman, el abogado de los trotskistas norteamericanos llegado en avión de Nueva York, anunció el propósito de trasladar el cadáver a los Estados Unidos. Entre tanto, se hizo un simulacro de inhumación en México. Asistió a los funerales una imponente muchedumbre. Se pronunciaron discursos vengativos en el cementerio. Después permaneció el cadáver cinco días más en el Alcázar. Washington negaba el permiso para que fuera trasladado a los Estados Unidos. Quizá era lo más acertado: no debían dar lugar los restos del gran revolucionario ruso a manifestaciones políticas en pro o en contra. Por fin fué incinerado el cadáver.

No tardó en cantarse, por todas las poblaciones del país, el "Gran Corrido de León Trotsky". Los corridos constituyen los cantos populares mexicanos por excelencia y, según parece, guardan una gran similitud con ciertos cantos populares rusos. Sus autores permanecen, generalmente, en el anónimo. Sin embargo, la mente popular se apodera de ellos y les da vida. El líder bolchevique ruso, muerto trágicamente en México, no podía dejar de tener su corrido. Lo recogemos como nota ingenua y popular:

***"Murió Trotsky asesinado
de la noche a la mañana
porque habían premeditado
venganza tarde o temprana.***

***Pensó en México, este suelo
hospitalario y grandioso,
para vivir muy dichoso
bajo el techo de este cielo.***

***Por fin lo venció el destino
en su propia residencia,
donde el cobarde asesino
le arrancó ahí su existencia.***

***Un zapapico alpinista
este asesino llevó,
y al estar solo con Trotsky
a mansalva lo atacó.***

***Fué un día martes por la tarde
esta tragedia fatal,
que ha conmovido al país
y a todo la capital.***

No era el pueblo ruso, su pueblo, quien podía dedicarle a León Trotsky sentidos cantos; el destino había querido que fuera el pueblo mexicano. ¡Trágico destino el de la vida y la muerte de este nuevo judío errante! (3).

Para mí empezaba ahora una nueva e ingrata tarea: tratar de descubrir todo lo que había detrás del asesinato y del asesino material. Tenía a éste bien guardado y vigilado. ¿Qué sorpresas me reservaba la investigación?

(1). Coyoacán fué la capital del Marquesado del Valle de Oaxaca, título discernido por Carlos V a Hernán Cortés. Allí estuvo el Cuartel General desde donde el Conquistador dirigió la toma de Tenochtitlán. En su testamento, Cortés expresó su voluntad de ser devuelto a la Nueva España y enterrado en el convento de franciscanos de Coyoacán. Y en Coyoacán construyó su palacio colonial. Llena hoy las veces de Municipio y de Juzgado. Está situado en el hermoso Zócalo y frente a la Iglesia construida también por los colonizadores. En conversaciones con el inteligente y dignísimo Juez de Coyoacán, licenciado Raúl Carrancá Trujillo, he ocupado el mismo sillón que ocupara Trotsky antes de su asesinato. Tenía éste ya entonces el presentimiento de su próxima muerte. Ha contribuido a universalizar aún más el histórico nombre de Coyoacán el hecho de que sirviera de escenario al sensacional drama de Trotsky. (J. G.)

(2). Toda la prensa de México condenó el vil atentado y se condolió del fallecimiento de Trotsky. La C. T. M., por boca de Lombardo Toledano, condenó también el atentado y con una hipocresía refinada, quiso dar a entender que éste había sido preparado por agentes provocadores interesados en perjudicar el buen nombre de México. Lombardo había calumniado odiosamente a Trotsky, había exigido repetidas veces su expulsión de México y como señaló el propio Trotsky en sus artículos y en sus declaraciones, contribuyó como pocos a la preparación del clima político y moral para la ejecución del primer atentado. No podía ignorar de dónde venían y dónde estaban los verdaderos "agentes provocadores". En tales condiciones, ¿quién podía creer en la sinceridad de su nota del 21 de agosto? Nadie. Antonio Pujol, el organizador material con Siqueiros del asalto del 24 de mayo, envió una carta al periódico "Excelsior", con destino a la policía, que decía textualmente: "Declaraciones C. T. M. últimos crimen Trotsky equivalen táctica gangsters Chicago: condenan crimen y mandan coronas y pésame víctimas. Lombardo, stalinista. Espero garantías vida mía peligro y preséntome Justicia". En medio de todo, el discípulo y cómplice demostró mucho más valor y mucha más dignidad que el maestro o pretendido tal. (J. G.)

(3). La prensa rusa, totalitarizada por Stalin, tenía que limitarse a publicar un comunicado de siete líneas sobre el asesinato de Trotsky. Se cargaba éste en la cuenta de "un trotskista desilusionado". Tenía que ser, como se verá, la tesis de la G. P. U. y de su instrumento. Como si en siete líneas pudiera anularse una de las figuras más interesantes de la rica historia rusa y disimularse uno de los crímenes más monstruosos del stalinismo! ¡Y como si la conciencia universal y, la historia humana pudieran someterse al comunicado amañado del un dictador! En la Rusia de mañana se publicarán centenares de libros sobre esa gran víctima de Stalin. (J. G.)